CAPÍTULO XI

En el que se ve cómo entre pollos el delito es una felicidad.

El ruido del coche despertó á Concha súbitamente. Iba á gritar; pero Arturo se lo impidió muy cariñosamente, y Concha no pudo decir «esta boca es mía», porque Arturo, que era muy solícito, se encargó de decirlo.

El coche siguió corriendo, y como no llevaba orden, el cochero procuró ganar tierra.

Cuando sonó la rodada sordamente, los pollos pudieron oirse los unos á los otros.

—¿Pero en dónde estamos? preguntó Concha.

—Por San Pablo, Conchita, dijo Pío Prieto.

—¿Quién viene aquí?

—Yo, contestó Soledad; ya me vine con usted, como se lo ofrecí.

—¡Paremos! dijo Arturo con el aplomo de un general.

Pío Prieto tiró del cordón del cochero con la solicitud de un ayudante de campo.

Pío Prieto estaba tocando el *sumun* de la dicha; aquel lance tenía para el pollo un carácter tan romancesco, que le ocurrió compararse con Ciutti, el criado de Don Juan Tenorio.

Casualmente Arturo exclamó á la sazón:

—«Doña Inés del alma mía.»

—«¡Virgen santa, qué principio!» continuó Pío Prieto.

A Concha no le quedó más recurso que compararse con Doña Inés.

Soledad era la única que no sabía que podía ser Brígida, pero lo era.

El estupor había pasado, y comenzaron los comentarios sobre D. José y sobre el partido que debía tomarse.

En cuanto á Concha, tenemos el deber, en obsequio de la justicia, de revelar que insistió enérgicamente en ser trasladada de nuevo á su casa; que reprobó la conducta de Arturo; que tuvo arranques de desesperación, y que, por último, se entregó al llanto más deshecho y al dolor más sincero; todo lo cual no fué un obstáculo para que los pollos y Soledad instalaran á Concha en el cuarto de un hotel de tercer orden.

Pío Prieto se portó admirablemente, según Arturo.

Entre las virtudes del pollo se enumera la de no ser egoísta: la tercería le encanta, porque estimula su curiosidad, y lo torna en servicial, y lo infatúa esta complicidad, y el pollo en

tales lances procura toser ronco y se pavonea.

Pío Prieto hubiera querido en aquella noche ayudar á robarse á todas las pollas de México.

Estaba contento de sí mismo, y se soñaba hombrón y calavera.

Soledad fué también muy útil, y aun logró ingerirse de una manera muy familiar en las discusiones.

Concha estaba en extremo violenta, y se ocupaba en contradecir todos los planes de los pollos, en cuya controversia los sorprendió la aurora.

Hemos ofrecido al lector darle á conocer á Pío Prieto, y vamos á cumplir nuestra palabra.

Pío Prieto nació en el Puente de Curtidores, de un hojalatero que se firmaba Pioquinto Prieto, y como no es privilegio exclusivo de las dinastías reales que el primogénito lleve el nombre paterno, la mujer del hojalatero discurrió, á los cinco meses de

casada, colocar su felicidad entre dos Pioquintos, y Pioquinto se llamó el heredero de la hojalatería.

Pero como los nombres largos son un escollo oral, el niño perdió la mitad de su nombre en la escuela, y siguió llamándose hasta hoy Pío á secas.

Apenas supo medio leer, medio escribir y medio contar, lo dedicó su padre á soldar tinas y calentaderas; ocupación honrosa y lucrativa, pero que no tardó en ser cargante para Pio.

Don Pioquinto, padre, hubo de emplear un día sus ahorros en comprarle una levita á su hijo, sin adivinar siquiera que aquella prenda de ropa había de ser, en la vida de Pío, su *grito de Dolores*.

La levita comenzó á ponerse en abierta pugna con el soldador y con el estaño.

Cada lunes hacía Pío un nuevo sacrificio al ceñirse su mandil de brin,

y al recuerdo de sus conquistas del domingo en la tarde, Pio Prieto entraba en mudas confidencias con la hojadelata, y se volvía más meditabundo que trabajador.

El bueno de D. Pioquinto no se apercibió de aquel síntoma funesto sino cuando ya la enfermedad de su hijo había tomado creces.

¡Ah! ¡si el hojalatero hubiera sabido hacer la defensa del mandil del artesano!

Pero la levita, con voz autorizada por la sociedad, menospreciaba la dalmática del trabajo; las sugestiones del casimir seducían al pollo, que empezaba á avergonzarse de su oficio.

Pio, al abrigo de su levita, contrajo amistades de pollos ricos é incapaces de transigir con el mandil.

Este es uno de nuestros resabios de más mal género y de los más transcendentales.

Nuestra sociedad apenas empieza

á transigir con los obreros. El trabajo, que es el precursor de la riqueza, todavía no puede entre nosotros ser una aristocracia, y nuestra juventud huye de los talleres, presa aún de rancias preocupaciones.

El sentimiento de la dignidad personal y de la democracia está mal comprendido en este punto.

La envidiable posición del artesano constructor, como apóstol del progreso material de un pueblo, como representante de la gloria artística, y por cuyos títulos adquiere la respetable posición del ciudadano libre, se cambia diariamente entre nosotros por el miserable rincón de la nómina de una oficina ó por la mezquina condición del dependiente.

La libertad del hombre no está suficientemente inculcada en nuestra juventud.

Muchos pollos esclavos de un amo déspota, creen profesar principios li-

berales y se permiten declamar contra las viejas prácticas, contra las costumbres retrógradas y contra las tiranías.

Creen comprender la libertad y amar la independencia, y comienzan por ser impotentes para emanciparse á sí mismos, y viven bajo un yugo y tienen amo, y sirven y obedecen, sin aspirar á mandar y á hacerse obedecer.

Menosprecian el martillo del obrero, símbolo sagrado de la más noble de las emancipaciones, y aceptan el papel de parias sociales, en cambio de poderse vestir con las plumas del pavo.

La juventud se refugia en las oficinas ó detrás de los mostradores, y se encanija á la sombra de la molicie, se llena de vicios antes de adquirir ni fuerzas físicas ni morales, y luego se exhibe, pulcramente ataviada, como una muestra de degeneración y de raquitismo.

Hay cien pollos cloróticos en cada calle, pequeñitos y enclenques, que no conservan ya ni los vestigios de los soldados de Cortés ni la idea del vigor de los aztecas. La raza tropical languidece y degenera, ganando en vicios lo que pierde en desarrollo físico.

Pío Prieto siguió este torrente, y la primera vez que pidió un helado en Fulcheri pensó con tristeza en la hojalatería; se le figuraba que el mármol de las mesas, el tapiz aterciopelado de los asientos, los espejos y las lámparas de gas le reprendían por ser hojalatero; pensaba que si en un corro de sus nuevos amigos, pollos finos en su mayor parte, llegaba á saberse que Pío Prieto soldaba tinas y calentaderas, sufriría la más pesada de las bromas y no sabría qué hacer.

Para evitar esto, comenzó por negar á su familia, por ocultar la ubicación de su casa, que se llamaba hoja-

latería, á fin de sostener una apariencia que lo nivelara con sus amiguitos nuevos.

Pío Prieto no hubiera sabido hacer, no sólo la defensa ni la apología del trabajo, pero ni aun se le hubiera ocurrido jamás conciliar la dignidad del hombre con el trabajo material; de manera que sus aspiraciones tomaban un tortuoso sendero, y su vida comenzaba por ser una contradicción.

Pío Prieto, además de estas prendas morales, tenía la desgracia de ser feo y trigueño, y como señal característica poseía una mandíbula superior, superior á su labio respectivo, de manera que Pío Prieto exhibía gratis su encía descomúnal en cada sonrisa.

Cuando Pío Prieto empezó á ser presumido, notó con sentimiento la incompatibilidad de su belfo y lo irremediable de la constante exposición de su dentadura.

En el cuadro sinóptico de la monografía de la boca, las de este género representan la desvergüenza, y Pío Prieto no era la excepción de esta aseveración fisionómica, á pesar de que, si en su mano hubiera estado, hubiera de buen grado comprado labio y vendido encía.

Pío Prieto, á los quince años logró (admirable prerrogativa del sér que piensa) ser todo menos hojalatero, y logró hacer de su vida un enigma, que es el estado natural de muchos Pios que conocemos.

Por medio de todas estas virtudes, Arturo tuvo un cómplice á pedir de boca, y Pío Prieto, reo de un delito al que ciertas leyes aplicaron há mucho tiempo el castigo infamante, se regocijaba por su conducta y estaba contento de sí mismo.

Ya hemos dicho que en el pollo la tercería es una de sus comiditas, ha oído hablar de que las Pandectas y las

Partidas son vejestorias, y ni aun encuentra puntos de contacto entre su conducta y la de muchos sentenciados en la cárcel pública por el mismo delito, sin que esto tenga para el mismo Pío Prieto otra explicación que esta:

La levita.

Solución que afirmó más á Pío Prieto en la acertada resolución de cambiar el mandil por esta prenda, sello preciso de las ciudades civilizadas.

¡Ay! mientras en la Avenida de los hombres ilustres y en la Avenida de los hombres ociosos, ó sea calle de Plateros, no veamos diariamente cruzar mil blusas en vez de cien levitas, mil obreros en vez de cien pollos ociosos, no tenemos esperanza de remedio.

Y cuando los niños de la clase media, lo mismo que los del pueblo, se inclinen al taller y no á las leyes, á la mecánica y no á la medicina, al martillo y no á la minuta; cuando el uso

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY MEX

de los guantes de cabritilla tenga por jobéto interponer una piel suave entre la mano de una bella y el callo del obrero, entonces será difícil comprar votos en las elecciones; entonces comenzarán á ser oscuros y miserables los empleados junto á los caballeros artesanos; entonces la república comenzará á tener por todas partes hijos dignos y ciudadanos libres, desprendidos de la teta patria, y que, emancipados por el trabajo de la tutela gubernativa, y de la empleomanía como único recurso, sean los representantes legítimos de la democracia y los sinceros defensores de las instituciones libres.

Perdónenos el lector este arranque serio que se deslizó en la ensalada, y cambiemos de rumbo.

CAPÍTULO XII

Los pollos anidan.

DESPERTÓ D.ª Lola.

No necesitamos encomiar aquí las virtudes del sueño, de ese reposo eminentemente reparador y confortable, y sólo sí diremos que D.ª Lola se sintió mejor.

Don José de la Luz había velado; de manera que fué el primer consuelo que se le ofreció á D.ª Lola al despertar.

—¡Compadre! exclamó con voz débil.

Y la palabra salió de su boca articulada entre un suspiro y un bostezo,